

LOS CONQUISTADORES INDIANOS DE EUROPA*

Por Carlos Dobal

Antes que otra cosa, quiero agradecer muy sinceramente a los directivos de este importante organismo de Investigación y Difusión, "El Ambito María Corral", la oportunidad que se me ofrece para compartir este convivio intelectual en la Ciudad Primada de América.

Pretendo esta noche, ante esta selecta concurrencia, desarrollar un tema que creo puede resultar interesante, a todos los involucrados de uno u otro modo, en la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento o Encuentro de dos Culturas. Lo he titulado "Los Conquistadores Indianos de Europa", los que son a mi juicio, primero, *las comunidades utópicas*; segundo, *la exaltación del hombre libre*; tercero, *el gusto por la desmesura*. Y cuarto, *la identificación de concepciones mágicas y realidades naturales*.

Germán Arciniegas, en algún lugar ha dicho, que Europa debe a América más de lo que América debe a Europa. Creo este aserto algo hiperbólico pero, confieso que me ha movido a investigar sobre esto, y a redactar este modesto ensayo sobre el tema.

Así, voy a tratar seguidamente y con la brevedad que exigen las circunstancias, cada uno de los valores ya señalados, partiendo de que yo pienso que todos estos valores son fundamentalmente americanos. Y que a lo largo y ancho de la Historia, desde el desembarco del Al-

*) Ponencia presentada por el Dr. Carlos Dobal, Profesor Titular de la PUCMM y Miembro Numerario de la Academia Dominicana de la Historia, en la VIII Cena Hora Puerta de América, con el tema "V Centenario, una Aportación a la Paz", en fecha 3 de abril de 1992.

mirante hasta nuestros días, ha influido notablemente en el desenvolvimiento cultural europeo.

El valor de la concepción utópica de una comunidad humana ideal parte de los grupos indígenas del Nuevo Continente, que vivían en colectividades aparentemente felices y en medios geográficos naturales y deleitosos.

La existencia de esta maravilla se conoce en Europa, por las narraciones de los cronistas de Indias, los que, partiendo del mismo Almirante, de su hijo Don Fernando y de Fray Bartolomé de Las Casas, no dudaron en sugerir que el paraíso terrenal tuvo su ubicación en aquellas tierras. Pedro Mártir de Anglería, el famoso proto-notario apostólico, protegido del Cardenal Sforza, se encargó de diseminar esta idea en la corte pontificia, y a través de sus preladados, por todo el mundo culto de la época. Llegó un momento en que el mismo Papa movía su curiosidad alrededor de lo que “era aquello que llamaban América”. Inspirados seguramente en aquellas tierras, deliciosas descripciones y curiosas noticias, surgen en la Inglaterra del siglo XVI, la Utopía de Tomás Moro; y en la Italia de la misma época, la Ciudad del Sol, de Tomás Campanella. Obras ambas que han probado a través de los siglos, su valor como parámetros ideales, que han tomado los sociólogos como orientadores de las más diversas teorías sobre organización social, política y económica. Fray Bartolomé de las Casas fue aún más lejos en su entusiasmo por las organizaciones indígenas, y realizó algunos esfuerzos para “reciclarlas”, dentro de las nuevas circunstancias que el contacto con los europeos había creado en América. Igual ambición sublime movió al famoso Obispo de Michoacán, Don Vasco de Quiroga —el famoso Papá Vasco de la Historia Mexicana— a defender la organización tradicional de los indios, bajo su jurisdicción eclesiástica. También en Paraguay, las conocidas Misiones Jesuíticas fundamentaron su organización en un cuidadoso ajuste de las tradiciones utópicas indígenas, y las bellas normas del cristianismo primitivo. La expulsión de los Jesuitas en 1767, trajo consigo el fin de las “reducciones indígenas”, cuyo positivo fruto era evidente.

La “exaltación del hombre libre” —que hemos ubicado en segundo lugar de los valores americanos que han influido en el pensamiento europeo— talvez debimos ponerlo en el primer lugar...

“El hombre libre es el hombre americano”, dice categóricamente Germán Arciniegas... A otro americanista español insigne, Don Federico de Onís, le oímos decir alguna vez que “los españoles que emigraban a América, venían a librarse de una sociedad que aherrojaba sus libertades”. Para ellos, la “tierra de promisión” era América, tierra de libertades. Porque no sólo tiene América, a través de toda su historia, una voluntad de independencia que la llevó a su separación política de la metrópoli, sino una voluntad de libertad tan permanente, que se plasma en todos sus hechos.

¿Surge de los hombres de América la vocación de la libertad? Históricamente, la semilla de esta vocación debemos buscarla en el Bajo Medioevo Español, donde fueron consagradas las franquicias forales de que nos hablan las obras de Claudio Sánchez Albornoz. Pero esta egregia simiente española no germinaría en Europa. La milenaria sociedad clasista europea no la dejaría evolucionar normalmente. Ella habría de fructificar siglos después en América, donde una sociedad menos rígida la favorecería. Hay que aclarar que, si bien fueron los revolucionarios franceses del XVIII los que formularon la Declaración de los Derechos del Hombre, fue realmente el angloamericano William Penn, quien proclamó estos principios para los norteamericanos de Pensilvania.

Para algunos estudiosos, Penn se basó en el famoso jesuita español del siglo XVII, Francisco Suárez, llamado el Doctor Eximius. Y hasta descubren formas expresivas del tratadista granadino en Penn.

Este profundo sentimiento de libertad, no solamente influye decisivamente en los campos político y social, sino que también se proyecta en campos culturales y artísticos, promoviendo la ruptura de consagrados cánones estéticos. Así, son prohombres de América, los escritores que liberaron la nueva lengua española de sus hierros académicos. El nicaragüense Rubén Darío, se pone a la cabeza del “movimiento modernista”, que, siendo americano de origen, repercutió hondamente en España, y junto a Darío, eximio poeta de fresca sangre indígena americana, otra personalidad universal de nuestro continente: el cubano José Martí, apóstol y poeta de la libertad, también iniciador del modernismo literario americano, cultiva y defiende las innovaciones métricas que transformaron con fina galanura, la poesía en lengua castellana.

Hemos dado un tercer lugar, a un singularísimo valor americano: al gusto por la desmesura.

Las civilizaciones precolombinas, nos dan la clave del gusto americano por la desmesura.

Se dice que el hombre de América entró en este continente por el "puente terrestre" de Bering, que en un tiempo remotísimo unió al Asia exterior con Alaska. Esta hipótesis, que se apoya en la geografía y en la paleontología, nos parece razonable. Podemos entonces pensar que el hombre americano sí descendía del asiático, estuvo como aquél, siempre sometido al complejo de inferioridad que le proporcionaba su insignificancia física, frente al gigantesco medio geográfico que lo rodeaba. Aterrado ante su nimiedad, se conformó con someterse al determinismo de las fuerzas naturales; y cuando decidió proyectarse hacia afuera, lo hizo embriagado por su facultad de realizar una obra tan fuera de sus medidas anatómicas, que semejaba realizaciones más divinas que humanas.

Así vemos, que los Mayas se encuentran con el gran Almirante en su último viaje, en 1502. No se entienden entre sí aquellos hombres tan distintos. Los europeos hablan y los nativos le responden: "cino-tan, que quiere decir: no te entendemos". Y los españoles que le habían preguntado el nombre del lugar, creen que esta palabra es una respuesta cumplida y le llamaban a la región donde encontraron a los Mayas, Yucatán...

Más tarde, Fray Diego de Landa, es el primero en atribuir a este pueblo las grandes construcciones que se creían obras de romanos, griegos o judíos. La desmesura del arte maya, no se aprecia sólo en las dimensiones de sus construcciones; su principal característica es, quizás, la armonía compositiva, el exceso de decoraciones y su extraordinaria complicación plástica. El exterior profuso de las estelas labradas en piedras, los frisos de estuco y las pinturas que se pueden apreciar en las construcciones majestuosas de Chichen-Itza, Tikal y Huxmal, nos imponen por la complicación de su realización laberíntica.

Como el pueblo azteca absorbió las culturas olmeca, tolteca y mixteca, podemos entender su arte estudiando estos antecedentes.

Los pueblos tolteca, olmeca y mixteca, realizaron sus obras artísticas colosales ajustándose a las medidas físicas que atribuían a sus dioses. En Veracruz, se puede contemplar la famosa cabeza olmeca estudiada por el Dr. Matheus Stirling, que tiene más de dos metros de altura.

Hay monumentos olmecas desmesurados en Tabasco, en Guatemala, y también en Oaxaca. Una estela olmeca ha permitido fechar estas culturas en una treintena de años antes de Cristo. Los estudiosos califican el arte olmeca de colosal, simple, directo y vigoroso.

Los toltecas tienen un módulo arquitectónico que servía para todas sus construcciones sagradas: el de Teotihuacán, “lugar de los dioses”, a unos 50 kilómetros de ciudad México. Es una ciudad ceremonial, fechada entre 200 A.C. y 900 D.C. Su extensión cubre casi 10 millas cuadradas. Sólo en el Valle de los Reyes, en Egipto, se tiene una impresión similar al contemplarla. Estas extraordinarias dimensiones elevan el espíritu humano y lo llevan a comprender el poder de los dioses. En Teotihuacán, el símbolo característico es Quetzalcoatl, la serpiente emplumada. Este dios representa el realismo del cuerpo que se arrastra como la serpiente, y el vuelo del espíritu que se eleva como el ave sagrada, el Quetzal, símbolo también de la libertad, que muere si se le reduce al cautiverio. Las plumas del Quetzal, de color verde tornasol, representan la nobleza y el ideal libertario de los príncipes precolombinos de América.

Evidentemente, la obra artística mayor y más importante del arte azteca es el monumental Calendario, que en realidad no es un calendario, sino una piedra sacrificial. Se trata de un bloque tallado de 24 toneladas y media, encontrado en el Zócalo de México, a fines del siglo XVIII. El Arzobispado Montufar lo volvió a enterrar, “por los grandes sacrificios de muerte cometidos sobre ella”. Esta pieza imponente en alto grado, se conserva en el Museo Arqueológico de México.

Y para terminar, diremos que siempre hemos pensado, que el gusto por lo desmesurado de los artistas precolombinos, motivó la desmesura de las figuras de los murales realizados por los grandes muralistas mexicanos Rivera, Siqueiros y Orozco.

Pedro Cieza de León, cuando descubre la plaza del Cuzco, nos da una contundente visión de la desmesura de la arquitectura incaica:

“flaquean la plaza del Cuzco, por el oeste, el templo del sol; por el oriente el palacio del Inca; la casa de las vírgenes del sol ocupan otro lado y en el restante se alzaban los almacenes reales”. La plaza es “capaz de contener cincuenta mil personas”. En Huanaco, por el camino del Cuzco a Quito, hay otra plaza cuyo servicio requería treinta mil indios, dice el mismo cronista, que vio todo este esplendor magnífico con sus propios ojos.

Pero donde toda medida humana parece romperse, es en el Machu Pichu, término que en quechua, lengua de los Incas, quiere decir montaña salvaje. Se trata de un complejo arquitectónico en forma de media luna, donde habitaban las vírgenes del sol. Su punto culminante es una piedra colosal llamada intihuatana, que en quechua quiere decir “lugar donde se ata el sol”. Desde allí, el Inca, dios y rey, descendiente del sol, mantenía contacto con la divinidad. Pensaban los Incas que el Cuzco se encontraba en el medio de las cuatro regiones del Tahuatinsuyo, el reino del sol, y que el Machu Pichu era el ombligo del mundo.

Hemos dejado para el colofón de este trabajo, el cuarto valor *que señalamos al principio*: la identificación de las realidades naturales y las concepciones mágicas.

Quizás, el primero que al perderse en las selvas del Nuevo Mundo perdió el sentido de apreciación entre lo real y lo imaginario, fue Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien en su obra Naufragios, nos habla de sus años de penurias, trabajos y luchas, en medio selvático tan extraño y misterioso, que él perdía el discernimiento entre lo real y lo imaginario que lo rodeaba.

Similar experiencia humana narra José Eustacio Rivera, el novelista colombiano del siglo pasado, en su famosa obra La Vorágine, libro de renombre universal, que descubre los sufrimientos de los caucheros de las llanuras del Orinoco y de la selva amazónica.

También Rómulo Gallegos, el venezolano universal, en sus novelas Doña Bárbara y Canaima, descubre la pérdida del sentido de la realidad, que afecta a los hombres que viven en la selva americana, sometidos a las fuerzas naturales, lejos de los principios éticos y sumisos básicamente a sus instintos. El continente americano, dijo Keyserling, no ha pasado el tercer día de la Creación...

El misterioso sentido de lo mágico, ese de perder el concepto de la realidad, es para el mundo contemporáneo, inspiración de dos notables escritores. Gabriel García Márquez, en su obra "Cien Años de Soledad", e Isabel Allende, en su obra "La Casa de los Espíritus". Ambos logran expresar, con sublimidad poética, la rotura fascinante de los límites entre la realidad y la fantasía que caracterizan a la heterogénea comunidad americana.

"Cien Años de Soledad" y "La Casa de los Espíritus", son dos verdaderas enciclopedias de los valores que hemos discernido como características de nuestro continente: la utopía; la libertad; la desmesura y la identificación maravillosa de lo real y lo irreal del Mundo Nuevo.

Estos valores, como dijimos al principio, son para nosotros "Los Conquistadores Indianos de Europa".

